

MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN (1754-1817)

DISCURSOS POÉTICOS

ÍNDICE:

DISCURSO I

La despedida del anciano

DISCURSO II

El hombre fue criado para la virtud, y sólo halla su felicidad en practicarla

DISCURSO I

La despedida del anciano

Por un valle solitario,
Poblado de espesas hayas
Que a la silenciosa luna
Cierran el paso enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.

De quando en quando los ojos
Vuelve hacia atrás y se para.
Y ahogársele el pecho siente
Con mil memorias aciagas.
¡O! ¡quiera el cielo benigno
En voz dolorida exclama,
Que sobre ti, patria ciega,
Mi persecución no cayga!

Tú te ofendes de los buenos,
Y de tus hijos madrastra

Sus virtudes con oprobrios,
Con grillos sus luces pagas.
Si la calumnia apadrinas,
La desidia y la ignorancia,
¿Dónde los varones sabios
Podrás hallar que hoy te faltan?

La verdad ser gusta libre,
Y con el honor se inflama:
Él no preciarla la ahuyenta,
Las cárceles la degradan.
Nunca el saber fue dañoso,
Ni nunca ser supo esclava
La virtud: si ciudadanos
Quieres, eleva las almas.

¡Que carrera tan inmensa
Se te descubre! labranza,
Población, letras, costumbres,
Todo tu atención aguarda.
Aduladores te pierden,
Que tus dolencias regalan:
Cierra el pecho a sus consejos,
Y el oído a sus falacias.

Las virtudes son severas,
Y la verdad es amarga:
Quien te la dice te aprecia,
Y quien te adula te agravia.
Contempla la edad augusta,
Quando en tu seno brillaban
Mil héroes, dichosa envidia
De las naciones extrañas;

Siglo de oro de tus glorias,
En que a la tierra humillada
Enseñoreaste a un tiempo
Con las letras y las armas.
¿Qué se hiciera de tus timbres?
¿De la sangre derramada
De tus valerosos hijos
Qual fruto, dime, sacarás?

¿Por qué al menos no los premias,
Y su virtud nos consagras
En honrosas inscripciones,

Y en inmortales estatuas?
A tu juventud presentas,
Quando aun no sabe imitarlas,
Las venganzas y adulterios
De las deidades paganas;

¿Y un Pelayo, y un Ramiro,
Y otros mil que con su lanza
Quebrantaron las cadenas
Do gemías aherrojada,
En olvido sempiterno
Será que sumidos yazgan?
¡O mengua! ¡o descuido! ¡o siglo!
¡Quan mal el mérito ensalzas!

Vieran sus débiles nietos
En sus venerables canas
Las virtudes, que les dieron
Nombre eterno, retratadas.
En esto, en esto debieras
Gastar los montes de plata,
Que de las remotas Indias
Traen las flotas a tus playas.

El labrador descendiente
De aquellos que por su espada
Te las dieron, con gemidos
Tristes el pan te demanda.
Su miserable familia
Por lecho tiene unas pajas;
¿Y tú en locas vanidades
Sumas inmensas derramas?

¡Guarte, que a tu fin caminas!
El velo fatal arranca
De tus ojos, y contempla,
Contempla ¡infeliz! tus llagas.
Esos superfluos tocados,
Esos ayrones y gasas
Que te ofrece el extranjero,
Venenos son que te acaban.

Con la virtud de tus hijos
Los compras: tus recatadas
Antiguas hembras ¡o tiempos!
Del vicio mismo hoy se jactan.

Míralas la frente erguida,
Que altaneras y livianas
Qual vano pavón provocan
La juventud castellana.

Un tiempo fue, quando apenas
En lo interior de su casa,
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostrara.
Las labores y los hijos,
Entre dueñas y criadas,
Del alba a la media noche
Santamente la ocupaban;

Ir hoy del adúltero al lado
Sin seso calles y plazas
Corre impudente, y abona
Las más viles cortesanas.
Ve tus jóvenes perdidos;
Y dile a su degradada
Naturaleza, que al moro
A la Libia volver haga.

Sus rizadas trenzas mira,
Entre polvos y fragancia
Mentir del sesudo anciano
La cabellera nevada:
Quando del femenil sexo
Usurpan dices y galas,
Y de fatiga incapaces
Un sol, un soplo los aja.

¿Do están los brazos velludos,
De cuyo esfuerzo temblaran
Un tiempo la Holanda indócil
Y la discorde Alemania?
¿Dónde aquellos altos pechos,
Que en las Cortes de la patria
Su dignidad sostenían,
Y sus sanciones dictaban?

¿Dónde aquellos de virtudes
Dechado augusto, en la Italia
Elocuentes defensores
De las vacilantes aras?
¿Dónde el candor castellano,

La parsimonia, la llana
Fe, que entre todos los pueblos
Al español señalaban?

Faltó el entusiasmo honroso,
La generosa crianza
Faltó, que un héroe algún día
De cada hidalgo formara.
El hijo del padre al lado
Aprendió de sus palabras
La prudencia, y de su diestra
El manejo de las armas.

Regir un bridón indócil
Supo, la cota acerada
Sufrir, y de sus vasallos
Responder a las demandas.
Vivió en sus campos entre ellos,
Vio del cultivo las ansias,
Y apreciar supo la espiga
En triste sudor regada.

Ni se desdeñó a su mesa
De admitirlos, que a la usanza
Española los aliños
Peregrinos ignorara.
Con ellos partió sus bienes:
Entró a la humilde cabaña
Del pobre, y trató las bodas
De la inocente aldeana.

Mas hoy todo se ha trocado:
Las ciudades desoladas
Por su nobleza preguntan
Por sus ricos hombres claman;
Mientras ellos en la corte,
En juegos, banquetes, damas,
El oro de sus estados
Con ciego furor malgastan.

Y el labrador indigente,
Solo llorando en la parva
Ve el trigo que el mayordomo
Inhumano le arrebató.
¿Son para aquesto señores?
¿Para esto vela y afana

El infelice colono,
Expuesto al sol y la escarcha?

Mejor, sí, mejor sus canes
Y las bestias en sus quadras
Están: ¡Justo Dios! ¿son estas,
Son estas tus leyes santas?
¿Destinaste a esclavos viles
A los pobres? ¿de otra masa
Es el noble que el plebeyo?
¿Tu ley a todos no iguala?

¿No somos todos tus hijos?
¿Y esto ves, y fácil callas?
¿Y contra el déspota injusto
Tu diestra al débil no ampara?
¡Ah! sepan que con sus timbres
Y sus carrozas doradas
La virtud los aborrece,
Y la razón los infama.

Sólo es noble ante sus ojos
El que es útil y trabaja,
Y en el sudor de su frente
Su honroso sustento gana.
Ella busca y se complace
Del artesano en la hollada
Familia, y sus crudas penas
Con gemidos acompaña.

Allí el triste se conduele
Del triste, y con mano blanda
Le da el alivio, que el rico
En faz cruda le negara.
Allí encuentra las virtudes;
Allí la muger es casta,
Y los obedientes hijos
Qual un Dios al padre acatan,
Mientras en los altos techos
La discordia su impía rabia
Sopla, y tras la vil codicia
A todos los vicios llama.

La madre al hijuelo tierno
Echa del pecho inhumana,
Partiendo su nombre augusto

Con la triste mercenaria.
En vano las vivas fuentes
De dulce néctar la sabia
Providencia le abre, en vano
La enfermedad le amenaza:

Otros gustos la entretienen;
Salga el tierno infante, salga,
Que sus débiles gemidos
Los adúlteros espantan.
¡Ministros de Dios! ¿qué es esto?
¿Cómo no clamáis? ¿la espada
Del anatema terrible
Por que ha de estar en la vayna?

Ciérrese, ciérrese el templo.
Nótese de eterna infamia,
A quien cierra a un inocente
Insensible las entrañas.
De aquí el mal, la peste toda
De las familias, que abrasa
El cuerpo entero, y anuncia
La ruina más infausta.

El padre busca otros lechos;
El hermano de la hermana
No es conocido; y la madre
Es para entrambos extraña.
El ciego interés completa
La desunión: él consagra,
A Dios la virgen, o al necio
Vicioso y rico la enlaza.

Llore la infelice, llore,
Y víctima desdichada
El cuello al yugo someta,
Que qual dogal ha de ahogarla.
Llore, llore; que al hermano
La ley de su alta prosapia
Pasó las rentas, y a ella
La destinó a ser esclava.

¡Justo Carlos! ¿a tu trono
Sus vivas quejas no alcanzan?
Si les prestas blando oído,
¿Por qué el remedio nos tardas?

¿Por qué estos bárbaros usos
Que a naturaleza ultrajan,
Y a los que ella iguales hizo
Tus leyes no los igualan?

¡O interés! tú solo eres,
Tú de tantos males causa;
Y en su cólera los cielos
En los pechos te sembraran,
Tú forjaste las cadenas
Del hombre; inhumano armas
Contra el padre al hijo, y soplas
De la sedición la llama.

Tú del mérito modesto
Mofas: al ruin ensalzas,
Y de la verdad divina
El labio angélico callas.
Tú al avaro mercadante,
Sin que muertes, ni borrascas
Favor en su pecho infundan,
Al vasto océano lanzas.

Tú de dañosas preseas
Su nave en las Islas cargas,
Y con ellas rica en vicios
Tornas con su peste a España.
¡Ay! ¡que a las orillas llega,
Y en ellas suelta entre salvas
Su ponzoña! ¡ay! ¡que la plebe
Bate viéndola las palmas!

Corred, corred, ciudadanos;
Hundid en las ondas bravas
Esos aromas y joyas,
Que lloros mil os preparan.
Perezcan por siempre en ellas,
Y eterno anatema cayga
Sobre el que a fiar tornare
Su vida a una frágil tabla.

Mas tú, siglo corrompido,
Que hasta los cielos levantas
Este interés, y lo adoras
La frente en tierra inclinada;
¿Tu instrucción es esta? ¿el fruto

Este de tus luces sabias?
¡O ciego! el abismo mira
Que baxo los pies te labras.

Imagina, inventa medios
De agotar toda la plata
De las minas: con tus naos
Inmensos piélagos pasa.
Los talleres multiplica;
Manchen la cándida lana
Ricos tintes; el capullo
Con prolixo afán trabaja.

Sustituye cada hora
Trages a trages, que ufana
La beldad vista en oprobrio
De su inocencia y sus gracias.
Pon premios a quien descubra
Un placer nuevo; proclama
Su fatal nombre, y altares
Al luxo execrable alza.

El oro tu afán, el oro
Solo tu afán sea; nada
Sino oro suene; él la guerra
Sople, la dulce paz haga.
Al taller tus hijos lleve;
De la tierra en las moradas
Hondas los suma; corone
Sus más heroycas hazañas.

Mas entre ellos ciudadanos
No busques, que sobre el ara
De la patria a morir corran
Con voluntad denodada.
No el pudor busques antiguo,
No el candor en las palabras,
Ni en sus corrompidos pechos
La inocencia, la paz alma.

El disfraz de las virtudes,
Un honor riego, una falsa
Probidad, la vil lisonja,
La sencillez afectada,
La astuciaalzada en prudencia,
Las ceremonias en franca

Amistad, de Dios el nombre
Mofado con impía audacia:

He aquí los letales frutos
De la riqueza; a esto arrastra
Al corazón el culpable
Ciego ardor de atesorarlas.
Su falaz brillo los pechos
Fascina: del alto alcázar
A la choza humilde a todos
Devora su sed insana.

Todo es menos que ellas: letras,
Virtud, ascendencia clara,
Mérito, honor, nobles hechos,
Todo humilde las acata.
Las leyes yacen; sucede
Al amor del bien la helada
Indiferencia; en la sangre
Del pobre el rico se baña.

Los estados no se precian.
Por razón: quien más estafa
Es más honrado. La esteva
El labrador desampara;
Vuela a la corte, y vilmente
La libertad aldeana
Vende al rico, y sus virtudes
Con todos los vicios mancha.

El maestro de ellos, bien presto
Mil familias assoladas
Con su industria pestilente,
En oro y grandezas nada.
Elévase y tiraniza;
Funda un estado, y traspasa
Con él sus pérfidas artes
A su pro genie bastarda.

Las fortunas son de un día;
El que es hoy señor, mañana
Mendiga: nada hay estable;
Todos trampean y engañan.
En medio en su trono de oro
La opulencia atroz con vara
De hierro y sañuda frente

Al pueblo agobia tirana.

Y tras ella, sí, tras ella...
¡Ah España infeliz!... en agua
Mi faz se inunda en tan cruda
Memoria, y la voz me falta.
¡Dios bueno! los ojos torna
Compasivo a mi plegaria,
Y echa de mi patria lejos
Los desastres que la amagan.

Y vosotros, castellanos,
Aun hay tiempo: las infaustas
Riquezas rendid gozosos
A la virtud, sacrosanta;
Tantos ínclitos abuelos
Recordad; no hagáis que baxa
Su pro genie sierva sea
De superfluidades vanas.

Tengan vuestros enemigos
Su fatal luxo; mas haya
Honradez y ciudadanos,
Qual hubo un tiempo en España.
Así el anciano decía
Entre lágrimas cansadas,
Y triste a caminar vuelve
Viendo que ríe ya el alba.

DISCURSO II

El hombre fue criado para la virtud, y sólo halla su felicidad en practicarla.

¿Nació, Amintas, el hombre
Para correr tras la apariencia vana,
Qual bestia del placer? ¿o en sed insana
Por las riquezas míseras ardiendo
Del alto Potosí, sin que le asombre
El inmenso océano,
Turbará en frágil pino
La paz del inocente americano?

¿El roto muro impávido venciendo,
Cubierto el pecho fuerte

De acero y saña, afrontará la muerte
Con faz leda, el camino
Creyéndola engañado
De una gloria sin fin? ¿abandonado
Al ocio muelle, en torpe indiferencia
De su alto ser, de su destino augusto,
Su frágil existencia
Dexará fenecer en sueño injusto?

Esta llama divina,
Pura, Inmortal, que en nuestro pecho arde,
Del supremo Hacedor plácido aliento,
Tampoco al vano alarde
De congojosa ciencia se destina.

Bien puede con osado pensamiento,
De tanto sol luciente
Como ornando su velo transparente
Gira en la noche lúgubre callada,
Medir el velocísimo camino
Solícito el mortal; del más vecino
Planeta al más lejano
Pesar la mole inmensa; separada
Ver la luz en el prisma; o de liviano
Ardor herido por el aura leve
Tregar, do apena el águila se atreve.

Puede al lóbrego abismo de la tierra
Calarse, y cuidadoso,
Quanto ser raro y misterioso encierra
Su ancho seno explorar: de las edades
Con ardor fastidioso
Los fastos revolver, vicios, maldades,
Errores mil entronizados viendo;
Y a ti, santa virtud, siempre oprimida,
Pobre, ajada, llorosa;
O bien al pueblo indómito rigiendo
En vela triste, en inquietud medrosa,
De su arbitrio la vida
De miles ver colgada.
¿Qué es tanto afán al cabo? amigo, nada.

No, la augusta grandeza
Del hombre no se debe
Fixar sobre apariencias exteriores,
Que a par del justo el delincuente lleve.

Si iluso de la tierra en la baxeza
Se anonada su espíritu, mejores
Las bestias son; y el Padre soberano,
Avaro con la muestra milagrosa
Que en su excelso consejo producía,
A su imagen gloriosa
Y a quien rey sumo de la tierra hacía,
Pródigo en su bondad abrió la mano
Para dotarlas, sometiendo injusto
A los medios el fin jamás se daña
El bruto en sus deseos;
O vanidad, o míseros empleos
Le acibaran el gusto:
El hombre solo en su anhelar se engaña.

A fin más alto el Numen le destina:
La virtud celestial es su nobleza;
El lodo vil por ella se avecina
A su inefable Autor; su inmensa alteza
Participa dichoso,
Y a el ángel casi igual, con planta pura
Entre sus coros de laurel glorioso
Ceñida en torno la serena frente,
El alcázar de estrellas esplendente
En eterna ventura
Sublime hollará un día.
¿Y habrá quien tenga en mísera agonía
Su pecho? ¿habrá quien vele?
¿Y por el cetro, o por el fausto anhele?

¿El heredero, el morador del cielo,
De allá al reyno del llanto desterrado,
De su alma patria, de su ser se olvida?
¿El augusto traslado
Del Dios del universo no alza el vuelo
A contemplarle, en la apariencia vana
Fascinado del bien? ¿con sed ardiente
De ser feliz, de la insondable fuente
Huye de eterna beatitud? ¡O insana
Culpable ceguedad! gime sumida
Del vicio el alma en el infame lodo,
Y su nobleza ilusa,
Menos en lo que debe busca en todos
Burlarse, y luego a su Hacedor acusa.

¿Mas que, tus graves yerros, ser liviano,

Harán trocar el orden soberano
Que dio el gran Ser a su acabala obra?
No, no; ni en ella tu locura sobra:
Todo en orden está: solo tu pecho
Trastornarlo sacrílego porfía,
Quando una fragua de pasiones hecho
Anhela, teme, espera, desconfía.

De no meditar nace
Nuestro mísero estado. La alta mente,
A quien se dio pesar con ley severa
El bien y el mal, o soñolienta yace,
O en fútiles objetos se derrama,
O del placer llevada suavemente,
Del aura lisonjera,
En su imagen falaz ciega se inflama:
El bien mentido qual verdad recibe,
Y de esperanzas y de sombras vive.

A la llorosa puerta de la vida
Nos acecha el Error, con faz doblada
Riendo adulator, en aparente
Mentida luz su túnica esplendente,
Y una ancha senda de otros mil hollada
Con la siniestra mano señalando,
De su diestra fatal la nuestra asiendo
A ir en pos de la turba nos convida.

Luego el vicio nos hacen,
El pecho inocentillo al mal torciendo,
Entre la leche y el arrullo blando
Nuestros padres beber, y se complacen
Si en ellos el hijuelo los remeda.
Vanidad loca, envidia pestilente
De su labio imprudente
Oye el niño, y estudia cuidadoso
Sin saberlo a ser vano y envidioso.

Viene el maestro, y en borrar se afana
Si del primer candor aun algo queda;
Y aplausos coge por su ciencia vana.
De voces sin sentido
Del viejo Lacio nuestra mente abrumba,
Y de autores haciendo larga suma,
En su estéril saber desvanecido
Grita, contiene, opina,

De ignorados errores nos instruye,
Nada edifica quanto más destruye.

¡O instrucción saludable y peregrina!
La sociedad, fecunda engendradora
De culpas, de su mano nos recibe,
Y el veneno mortífero nos dora
Con ilustres ejemplos.
En trono de oro al vicio nos presenta,
Que jactancioso sus victorias cuenta
De la inocencia o la virtud mofada.
Consagra el interés, erige templos
Al placer indecente,
Y por ley el delito nos prescribe
Con firme voz de miles aclamada.
Gritan luego irritadas altamente
Las infaustas pasiones, qual rabiosos
Opuestos huracanes,
Del mar en las llanuras despeñados

Y el triste pecho en míseros cuidados
Dividen y en anhelos congojosos.
Crece la edad y crecen los afanes:
Tregar es fuerza a la escarpada cumbre
Del fastidioso deleznable mando,
Y fuerza atesorar, por más que gima
El infelice que el hogar me cede,
Quede la tierra, quede
De miles de cadáveres sembrada,
Y brille de laurel mi frente ornada.

¡O! ¡con que ciega furia se desvela!
¡Qual trabaja en su daño el miserable
Mortal! quanto suspira, quanto anhela,
Quanto a gozar llegó tras mil sudores,
Para su mal lo quiere.
Espinas en su seno son las flores:
Un instante agradable
De fugitivo día
Luengos años le cuesta de agonía,
Si de sus vicios víctima no muere.
Del deseo al dolor, de otro deseo
A otro nuevo dolor sin cesar veo
Correr al hombre triste,
Sin que de tanto error, de tanto daño
Le corrija jamás un desengaño.

¿En qué desorden tal, en qué consiste?
¿El cielo en verle mísero se place?
¿O libre solo para el vicio nace?

Siguen los seres todos el camino
Por el dedo divino
Del Hacedor marcado. En raudo vuelo
Rodea la tierra al luminar del día
Con ley igual por la región vacía;
Miles de soles el inmenso cielo
Sin tropezarse cruzan; crece hojoso
Con ornato florido y verde pompa
El árbol en el valle, y sabe diestro
Su alimento escoger, sin que le engañe
Un xugo extraño; en giro bullicioso
La abeja sin maestro
Juega en el prado; y con la débil trompa
También sabe libar sus dulces mieles,
Sin que la flor más delicada dañe.

Lasavecillas fieles
De amor al blando impulso, quando llega
El ordenado plazo,
Unirse saben en felice lazo;
Y quando al ayre tímido se entrega
De su ternura el fruto, ya instruido
De quanto saber debe, surca el viento:
¿Y solo el racional, siempre perdido,
Qual ciego entre tinieblas irá a tienta?
¿Él solo, esclavo de fantasmas vanos,
De funestos errores
Que abortó el interés, siempre en temores
Sus sueños mismos adorando insanos,
Dará en la tumba con su triste vida
Contando en cada paso una caída?

¿El fugaz punto que infeliz alienta,
Él solo, él solo en cólera sangrienta,
En torpe gula, en avaricia infame,
En hinchada altivez y envidia triste
Gemirá aherrojado,
Por más que austera la razón le clame?
¿En qué trastorno tal, en qué consiste?
Tú, Amintas estudioso, que apartado
Del liviano furor con que la corte

Hora se agita, en meditar te empleas
Tranquilo el ser humano al cierto norte
De la alma celestial filosofía,
Y a un tiempo te lastimas y recreas
Con su inconstancia y ceguedad; ¿qual, dime,
Del abismo de penas en que gime,
La causa puede ser? ¿qué estrella impía
Su suerte va de la llorosa cuna
Hasta el sepulcro mísero rigiendo?
¿Por qué el mal sigue siempre, el bien queriendo?

En vano acusa la cruel fortuna,
Hacer pretende cómplices en vano
El hombre de su suerte a las estrellas.
El grande Ordenador dexó en su mano
El bien y el mal: las huellas,
Qual el alado poblador del viento
Que en él se pierde a su placer exento,
Torna libre do quiera que le agrada;
Y si triunfante ríe el apetito
Y gime la razón abandonada,
Suyo ha sido el querer, suyo el delito.
No infame pues a la verdad, si yerra;
Si en pago de una osada confianza
Se ve del mar sorbido con la nave,
Que fue ocasión a su desdicha grave;
Si a desastrada guerra
Le arrebató la voz de la venganza;
O si en lecho de espinas los ardores
De un loco amor expía entre dolores.

Presta, iluso mortal, presta el oído,
Si de verdad anhelas ser dichoso,
De la razón al grito repetido,
Y sus avisos sigue religioso.
Firme le cierra al seductor acento
De las pasiones; ni el antojo vano
Tu pecho agite en soplo turbulento,
O des la rienda a un desear insano.
En tu fugaz carrera
Dexa al cuidado de tu Autor divino,
Pues él solo lo alcanza, tu destino,
Y de su diestra tu ventura espera:
No a agena potestad tu suerte fíes,
Ni del vicio en las sendas te desvíes.

Porque no gozarás ni el alto empleo,
Ni el fresco rosicler de la hermosura,
Tras quien tan loca tu pasión se afana,
Si lidia en ciega guerra tu deseo:
Que a la rosa más pura
De su ámbar dulce y delicada grana
Priva el delito, y pavoroso abismo
Hacer puede de horror al cielo mismo.

Entra pues, entra en ti: con detenida
Observación estúdiate a la lumbre
De la augusta verdad, y cuerdo aprende
Los altos fines de tu presta vida;
Que quien su pecho entiende,
Quien su divino ser, no la grandeza,
Siervo de vil costumbre,
Fixa en el baxo miserable suelo,
Ni a los pies gime de la infiel belleza;
Y libre en el oprobrio y las prisiones,
Con frente excelsa en contemplar se place
Su faz torva al tirano sin rezelo,
Por más que muerte indigna le amenaze.

Rico en sublimes dones,
Del padre soberano
La omnipotencia sabia
Te dio a la común luz: quanto debiera
Para hacerte feliz, tanto pusiera
Pródigo en sus bondades a tu mano.
Tu labio querellándose le agravia
Con necedad sacrílega, y pidiendo
Al ser tuyo atributos no debidos,
La severa razón desatendiendo
Se fatiga en inútiles gemidos.

A esta razón divina ¿qué prefieres
De quanto el cielo inmensurable encierra,
Y la ancha faz adorna de la tierra?
¿Todo a tu bien con ella no refieres?
¿Su luz hasta el gran Ser no te encamina,
De ente tanto la escala peregrina
Siguiendo? ¿no le ves en el lumbroso
Ardiente sol sentado?
¿De la nube en el rayo arrebatado?
¿De la noche el velo misterioso?

Cultiva pues esta razón, si anhelas
Al verdadero bien: a su luz pura
Solícito nivela tus acciones,
Y la ardua senda de virtud emprende;
Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.
La pompa por que insano te desvelas
Generoso abandona, y cuerdo entiende
Que el grande, siervo vil de las pasiones,
Por más que en su palacio suntuoso,
Do a inmensas sumas su fastidio encierra,
El oro le deslumbre y lisonjero
Aparato de tímidos clientes;
Inútil a la tierra,
Si la verdad lo juzga, es el postrero
De todos los vivientes.

Y el pobre, quanto obscuro virtuoso,
Que el pan divide en su sudor regado
En mesa humilde a un esquadron de hijuelos,
De mísera fortuna ultraje triste;
Honor del ser humano, y de los cielos
Por los ángeles mismos acatado,
Con ellos en dichosa compañía,
Por más, Aminta, que en la tierra asiste,
Goza del claro empíreo la alegría.